

[...] En la manifestación del 27 me tocó ir con los electricistas y éramos más o menos como seiscientos, más los amigos que fueron incorporándose a medida que íbamos avanzando. Muchos obreros simpatizaban con el Movimiento pero muchos no se atrevían a manifestarlo, por miedo a las represalias, por apatía, por dejadez, porque salimos muy cansados del trabajo, pero sobre todo por miedo a perder el trabajo.

[...] No sé por qué estoy en Lecumberri. Soy obrero y por esta condición mi única posible participación en el Movimiento estudiantil fue prestar solidaridad con mi presencia en actos públicos de los estudiantes en que fui como espectador, a la manifestación del 27 de agosto, y ala manifestación silenciosa del 13 de septiembre.

—Félix Sánchez Hernández, obrero de la fábrica de chocolates Sanborn's

Cuadernos Políticos, número 17, México, D.F., editorial Era, julio-septiembre de 1978, pp.80-101.

Rubén Jiménez Ricárdez

Mariátegui: teoría y práctica del marxismo en América Latina*

I. LA OBRA

¿Cómo ubicar a José Carlos Mariátegui? Para la historia literaria es uno de los grandes ensayistas de América Latina.¹ Cultivó un tipo de ensayo generalmente breve, siempre lúcido. Pertenece a una generación intelectual que Pedro Henríquez Ureña definió como "generación intermedia": un grupo localizado entre los últimos modernistas (Lugones, Valencia, Chocano) y el primer grupo de la vanguardia (Borges, Neruda).² Pero ¿cómo ubicarlo desde una perspectiva política? En primer lugar, es necesario decir que sobrepasa aquella clasificación genealógica. Mariátegui es el más lúcido de los fundadores del marxismo en América Latina. Su obra constituye, en realidad, una ruptura epistemológica en la historia de las ideas políticas de la región. No es, por supuesto, un producto caído del cielo. Por el contrario. Entronca con aquellas tres corrientes del pensamiento progresista que existían en nuestros países hacia finales del siglo pasado y principios del actual: con la honda tradición de pensamiento democrático radical y antimperialista, que tuvo en Martí a su mejor representante; con el anarquismo, la ideología que orientó los albores de la lucha obrera; y con aquel socialismo —"reformista y demócrata" y no marxista— que había surgido en Argentina desde el siglo XIX. Pero si la obra de Mariátegui entronca con esas tres corrientes, lo hace en actitud polémica y crítica. Se inserta en la tradición, pero para superarla, dando un nuevo tratamiento a sus temas. Logra, así, formular ex novo la visión de la realidad latinoamericana. Por ejemplo, refiriéndose al antimperialismo utópico de Rodó, critica sin

* Este ensayo fue escrito para servir de prólogo a una amplia selección de ensayos políticos de Mariátegui que Ediciones Era publicará próximamente.

Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1969, p. 189.

1 Véase por ejemplo, Medardo Vitier, *Del ensayo americano*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1945; Augusto Salazar Bondy, en el prólogo a José Carlos Mariátegui, *Ensayos escogidos*, Ed. Universo, Lima, 1971, ha podido decir: "De hecho, toda su obra escrita, como la de Montaigne, podría llamarse simplemente *Ensayos*".

2 Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1969, p. 189.

contemplaciones lo inconsistente de la argumentación del uruguayo, al tiempo que propone una nueva manera de abordar el problema:

A Norte América capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América, latina o ibera, socialista [...] Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América Latina idealista [...] Todos éstos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad.³

Pero la obra escrita de Mariátegui permaneció ignorada largos decenios. Aún más: se la execró y desvalorizó: desde la derecha y desde la izquierda. Escrita en su parte fundamental durante los años veinte, su dispersión en las revistas de la época allanó el camino a los detractores. Sobre ella, impunemente, se acumuló una gruesa capa de calumnias. Los dos únicos libros que Mariátegui alcanzó a publicar —*La escena contemporánea y Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*— fueron verdaderas rarezas bibliográficas durante mucho tiempo. Incluso este último, tan celebrado y polémico en el momento de su publicación (1928), conoció su segunda edición sólo hasta 1943, y conste que este libro resistió el embate mejor que el conjunto de la obra. De esta manera, reducido al silencio, no era posible que se cumpliera el deseo que él había formulado frente a otros acusadores: "que mi obra se encargue de justificarme". Por fin, casi 30 años después de su muerte, comenzaron a editarse sus obras completas.⁴

Mariátegui forjó su obra en el agitado contexto ideológico de la América Latina de los años veinte. Se estaba entonces frente a una verdadera encrucijada. Oculta todavía bajo los temas de la ideología liberal y positivista, la interpretación de nuestra realidad empezaba a fincarse en la nueva

³ José Carlos Mariátegui, "Aniversario y balance", en *Obras completas*. Ed. Amauta, Lima, 1971, t. 13, p. 248.

⁴ Las *Obras completas*, han sido publicadas entre 1959 y 1972 por la editorial Amauta, de Lima. La colección comprende 20 volúmenes: 16 corresponden a escritos de Mariátegui; los restantes son: 2 biografías, una compilación de poemas dedicados a él y un análisis de la revista Amauta. El esfuerzo de compilación y editorial debe agradecerse a sus hijos. Pero estas *Obras* deben ser consideradas tan sólo como la más extensa colección de textos de Mariátegui porque: 1] no recogen ningún trabajo anterior a 1919; 2] no incluyen su correspondencia (ésta sería muy importante para profundizar en su biografía intelectual y, sobre todo, para restablecer el itinerario de acontecimientos políticos tan significativos como su ruptura con el APRA, etcétera); 3] no recogen algunos escritos políticos importantes; hasta donde sé: el prólogo a *Tempestad en los Andes*, de Luis E. Valcárcel, y el ensayo *Lenin*; 4] finalmente, hay que decir que un libro completo —*Ideología y política en el Perú*— se ha extraviado o quizás perdido definitivamente (véase infra, nota 75).

visión que proponía el nacionalismo. El positivismo había sido minado por críticas cada vez más demoledoras. Pero las principales armas filosóficas usadas para arrasarlo, las proporcionaron las corrientes espiritualistas e irracionistas. Éstas encontrarían así muchos adeptos. Se hacía sentir el impacto de la crisis posbélica. Muchos intelectuales, frente al espectáculo de la guerra europea y sus secuelas, apartaban sus ojos de ese continente y postulaban la necesidad de buscar caminos propios. Vasconcelos elaboraba su utopía de la raza cósmica. Alfredo Palacios, desde Argentina, declaraba: "Nuestra América hasta hoy ha vivido de Europa teniéndola por guía [...] Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución [...] no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas." En estas condiciones, la semilla del nacionalismo caería en suelo fértil. Lo había puesto en circulación la revolución mexicana de 1910-17. Se propagaba como la mejor receta para solucionar los problemas de las débiles naciones de esta parte de América. Poco después, el APRA le otorgaría coherencia programática y fácil definición. A nivel ideológico, se ofrecía como el mejor relevo posible: los regímenes oligárquicos no habían sido capaces de organizar el progreso; más bien, habían entregado sus países a la penetración desaforada del capital extranjero. En realidad, el nacionalismo no contenía más que una propuesta de acción reformista: en términos prácticos, quería suprimir o por lo menos limitar las más gruesas deformaciones introducidas por el imperialismo. Pero en estos años se presentaba con un planteamiento que parecía extremo y no era sino utópico: alcanzar un desarrollo capitalista nacional autónomo.

Varios caminos se abrían frente a la intelligentsia latinoamericana. También aquí habían llegado los aires renovadores que recorrían el mundo desde 1917. Luis Emilio Recabarren, el fundador en Chile del partido comunista, escribía a este respecto:

Lleva apenas poco más de un mes el régimen maximalista, y podemos decir que ha avanzado más de un siglo en tan poco tiempo [...] El sueño, la utopía de esos locos llamados socialistas,

pasa a ser hoy no sólo una realidad, sino que la fuente de todo progreso y felicidad humana [...] ⁵

El impacto daría como resultado que ese nuevo marxismo revolucionario, de factura rusa, se asentara en suelo americano. La lucha social, por otra parte, se había hecho presente. En las universidades se inició con la revuelta de Córdoba en 1918 y se diseminó por todo el continente. En las fábricas, surgió una oleada de luchas obreras. Los problemas de la época estaban así delimitados por la realidad misma. Para echar raíces fuertes en nuestro suelo, el marxismo debía conquistarse un lugar en el terreno ideológico. Más aún: debía sobre todo acreditarse en el terreno práctico de la organización sindical y política de la clase obrera. José Carlos Mariátegui no descuidó ninguna de las dos instancias. Logró, de manera admirable, conjugar pensamiento y acción. Su esfuerzo lo dirigió a crear una nueva cultura, en el sentido en que Gramsci entendía una tarea de esta envergadura:

Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos "originales"; significa también, y especialmente, difundir verdades ya descubiertas, "socializarlas" [...], convertirlas en base de acciones vitales. ⁶

Mariátegui desarrolló su obra en diferentes niveles: el de la agitación, el de la propaganda y el de la investigación sistemática. La puso lejos de la infección nacionalista. Cuando empezó la investigación de la realidad peruana, trazó una línea metodológica que era, de hecho, toda una conclusión a la que ya lo habían conducido sus estudios anteriores:

Tenemos el deber de no ignorar la realidad nacional; pero tenemos también el deber de no ignorar la realidad mundial. El Perú es un fragmento de un mundo que sigue una trayectoria solidaria. ⁷

Esta premisa metodológica es uno de los hilos conductores de su obra. Mariátegui, en efecto,

⁵ Citado por Alejandro Witker, *Los trabajos y los días de Recabarren*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1977, p. 86.

José Carlos Mariátegui, "Lo nacional y lo exótico" (28 de noviembre de 1924), en *Obras*, cit., t. 11, p. 27.

⁶ Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Ed. Juan Pablos, México, 1975, p. 13.

⁷ José Carlos Mariátegui, "Lo nacional y lo exótico" (28 de noviembre de 1924), en *Obras*, cit., t. 11, p. 27.

pensó los problemas de su época dentro de una entera visión mundial, sin concesiones al provincianismo estrecho. Su línea de pensamiento esencial adquiere concreción en dos direcciones principales: 1] el estudio de la crisis mundial, es decir, la "interpretación de la época y sus tormentosos problemas". Este estudio Mariátegui lo inicia en 1923 y sólo lo abandonará hasta su muerte.⁸ 2] El estudio de la realidad peruana y latinoamericana, que inicia en 1924. Ésta es la parte medular de su obra. Así debería ser considerada, incluso si sólo se utiliza como criterio el número de páginas que dedica a estos problemas.⁹

Por otra parte, estas dos direcciones principales no marchan como si se tratara de dos líneas paralelas que nunca se juntan. Al contrario, aparecen desde el primer momento como dos niveles solidarios. Desde su conferencia de 1923, Mariátegui vincula los objetivos de la clase obrera latinoamericana a la corriente de la revolución mundial:

El Perú, como los demás pueblos americanos, no está [...] fuera de la crisis: está dentro de ella [...] aquellos que dicen que el Perú, y América en general, viven muy distantes de la revolución europea, no tienen noción de la vida contemporánea.

Los países de América Latina son concebidos entonces dentro de la totalidad del mundo capitalista. A Mariátegui le será posible determinar el lugar preciso de estos países dentro de ese mundo, justamente porque su óptica se lo permite: lo veremos más adelante. Por lo pronto, el mismo estudio de la crisis se postula como necesario porque existen problemas dentro de la realidad específica que deben ser resueltos: en el Perú "faltan grupos socialistas, dueños de instrumentos propios de cultura popular". Esa conferencia tiene sentido porque debe servir para [...] presentar al pueblo la realidad contemporánea, explicar al pueblo que está viviendo una de las horas más trascendentales y grandes de la historia, contagiar al pueblo de la fecunda inquietud que agita actualmente a los demás pueblos civilizados del mundo.¹⁰

⁸ En realidad, existen artículos anteriores de 1920-21, sobre los problemas de la paz, la revolución rusa, el fascismo, etcétera: véase *Obras*, cit., t. 15. Pero se puede sostener que el estudio de la crisis mundial sólo lo inicia, en forma sistemática y con una definida orientación política, con su conferencia de 1923 "La crisis mundial y el proletariado peruano". Este texto, al que los críticos de Mariátegui le han prestado en general poca atención, puede ser considerado como un programa parcial de investigación y de acción propagandista y organizativa.

⁹ A estos temas corresponden 11 volúmenes y algunos ensayos más de los 16 volúmenes en los que actualmente se encuentra reunida su producción.

¹⁰ José Carlos Mariátegui, "La crisis mundial...", en *Obras*, cit, t. 8, pp. 17 y 15.

Umberto Cerroni, *Teoría política y socialismo*, Ed. Era, México, 1973, p. 18. Allí Cerroni demuestra el "defectuoso

La propaganda y sus objetivos de organización están aquí expresados desde el principio. Es un esfuerzo de fundación cultural no en abstracto: ha localizado su sujeto y se resolverá en acción organizativa y en pugna por la transformación política de la realidad.

Hay otros dos aspectos que fueron objeto de la reflexión de Mariátegui. Los problemas del arte y la literatura, que no se recogen en esta selección, y los problemas teóricos del marxismo. Estos últimos los abordó en un número limitado de ensayos.¹¹ Constituyen, si he visto bien, la parte más débil de la obra de Mariátegui. La de menor aliento crítico. Pero la anima la misma pasión política que al resto de la obra. Habría que considerar los ensayos que la integran como un tipo de trabajos subsidiarios. Discurren en un terreno filosófico y dejan ver el inacabado proceso de aprehensión del materialismo dialéctico por parte de Mariátegui. Son, por tanto, los hitos sintomáticos de un proceso teórico no concluido, y no las graves y definitivas desviaciones del marxismo que muchos críticos han querido ver. Evidencian, también, las dificultades para asimilar la dialéctica materialista en aquella época. Dificultades que no pudo superar ni aun un Lukács, con todo y su favorable ubicación europea y su especial entrenamiento filosófico. Las influencias soreliana, bergsoniana y crociana en el marxismo de Mariátegui, no constituyen, puestas en su contexto, un caso excepcional de empañamiento de la pureza del pensamiento marxista. Gramsci mismo sostuvo un diálogo crítico con Croce y con Sorel. No debe sorprendernos que el marxismo de Mariátegui no exhiba una diáfana pureza, ni que no haya reivindicado plenamente la autonomía teórica de Marx. "El mismo Engels [...] bosquejó una filosofía marxista sin conocer la crítica de Marx al método de Hegel."¹² Bien que los críticos llamen la atención sobre las incrustaciones extrañas que se pueden localizar en el marxismo de Mariátegui.¹³ Bien que las deslinden y critiquen. Pero al menos deberían colocarse en la época y subrayar las limitaciones generales para la aprehensión del conocimiento de Marx", que ha prevalecido en toda Europa, incluyendo Rusia, desde el siglo pasado.

11 Los reunidos en el volumen 5 de las *Obras*, cit., y algunos pocos más que aparecen en otros volúmenes.

12 Umberto Cerroni, *Teoría política y socialismo*, Ed. Era, México, 1973, p. 18. Allí Cerroni demuestra el "defectuoso conocimiento de Marx", que ha prevalecido en toda Europa, incluyendo Rusia, desde el siglo pasado.

13 Véase Roberto Paris, "El marxismo de Mariátegui" y "Mariátegui: un 'sorelismo' ambiguo"; Luis Villaverde Alcalá Galiano, "El sorelismo de Mariátegui", en Varios, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. Ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1978. Agradezco a José Aricó el amable gesto de prestarme estos materiales antes de su publicación. Véase, también, Francisco Posada, *Los orígenes del pensamiento marxista en Latinoamérica*, Ed. Nuevas Ediciones, Bogotá, 1977; este último es uno de los trabajos más dogmáticos y desinformados de cuantos se han escrito recientemente criticando a Mariátegui.

Aníbal Quijano, "El Perú en la crisis de los años treinta", en Varios, *América Latina en los años treinta*. Ed. UNAM, México, 1977, p. 269.

marxismo. Al cebarse en la falta de pureza doctrinaria de los trabajo teóricos de Mariátegui, algunos de estos críticos, quizás sin quererlo, han tendido un velo sobre sus aportaciones políticas.¹⁴ Han tomado un aspecto parcial de la obra y, en algunos casos, elaborado conclusiones que no podrían sustentarse desde una lectura desprejuiciada y no apriorística. En esos casos sucede que se calla lo esencial, de la obra de Mariátegui: su esfuerzo de fundación política del marxismo:

[...] la obra de Mariátegui —ha escrito Aníbal Quijano— constituye realmente la base misma de una teoría posible de la revolución peruana y latinoamericana, no superada hasta hoy.¹⁵

Mariátegui fue un teórico de la política y un propagandista. Pero fue también un luchador político, un organizador de la clase obrera. Desarrolló la parte fundamental de su obra escrita a lo largo de siete años: de 1923 a 1930. Fue en realidad una acción constante, una obra en movimiento. No la forjó en la quietud de un gabinete universitario. Era periodista y tenía que escribir un ensayo y otro, precedidos por periodos de reflexión muy breves. Ninguno de los dos libros que alcanzó a publicar son libros orgánicos: son compilaciones de ensayos y artículos. La investigación la hace a la luz del día, a la vista de todos. En la "Advertencia" a los *Siete ensayos*, explica: "Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola cosa, un único proceso." Establece una unidad entre investigación y propaganda. Cada conquista teórica, la llegada a una nueva estación en el conocimiento y en la interpretación de la realidad, se convierte casi de inmediato en patrimonio colectivo. Los resultados los considera provisionales: "Ninguno de estos ensayos —dice en la 'Advertencia'— está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado." Su labor de propagandista es, en el más alto sentido, creación político-cultural. Se mantiene alerta a todo lo que sucede en el mundo artístico y en el político. Lee y habla inglés, francés, alemán e italiano. Recibe libros, periódicos y revistas de muchas partes. Interpreta y comenta los nuevos acontecimientos artísticos —Chaplin, el surrealismo, el muralismo mexicano— y los políticos: la revolución china, la expulsión de Trotsky de la URSS, el conflicto Portes Gil-CROM. En 1926, para darle un carácter orgánico a su trabajo de propaganda, funda la revista

14 Cerroni, op. cit., p. 18: "ni siquiera para el marxismo es cierto que la política sea solamente 'aplicación' de ideas y programas". El problema del marxismo de Mariátegui ofrece un amplio campo de discusión teórica. Aquí sólo llamo la atención sobre algunos criterios útiles para abordarlo. Profundizar en ello escapa al objetivo central de este prólogo: destacar el valor político de su obra escrita y práctica.

15 Aníbal Quijano, "El Perú en la crisis de los años treinta", en *Varios, América Latina en los años treinta*. Ed. UNAM, México, 1977, p. 269.

Amauta, alrededor de la cual se agrupará todo un nuevo movimiento intelectual.

Su pasión era una pasión política revolucionaria. "No nos basta condenar la realidad—escribió en cierta ocasión—, queremos transformarla." Y agregaba: "El marxismo nos satisface por eso: porque no es un programa rígido sino un método dialéctico." No fue un propagador de fórmulas generales; no difundió simplemente citas y textos. Su marxismo lo sembró, profundo, en la realidad. Su pasión política echó raíces en el terreno firme de una investigación original de su realidad específica. La sometió a la mediación de la lucha organizativa sindical y partidaria. No se quedó así en el ámbito de aquel sentimiento primario y espontaneísta, como calificó Gramsci a la pura pasión. Se elevó más allá del mero momento destructivo de la "escisión" social que propugnaba Sorel. Alcanzó el terreno "constructivo" de la acción organizada y permanente.¹⁶ Lejos, en este punto, clave para juzgar toda su obra, de aquel "maestro de violencia", formuló una definición de la política moderna a la que se ajustó siempre:

La política es hoy la única actividad creadora. Es la realización de un inmenso ideal humano. La política se ennoblece, se dignifica, se eleva cuando es revolucionaria y la verdad de nuestra época es la revolución.¹⁷

Murió el 16 de abril de 1930 en un sanatorio de Lima. Moría joven: en junio de ese año habría cumplido 36 años de edad. El "boletín extraordinario" de *Amauta* que anunciaba su muerte a los trabajadores del Perú, podía afirmar: "Mariátegui, su memoria, su vida, su obra, pertenecen al proletariado." Al día siguiente, los obreros limeños corroboraban este aserto. En honor al combatiente de la clase obrera, ésta tomó las calles, paralizó los tranvías, condujo en hombros su féretro al cementerio, entre banderas rojas y cantando La Internacional. Muerto, estos signos parecían augurar que su obra escrita continuaría cumpliendo el papel que él le había asignado en vida: ser una guía para la acción clasista. "Tengo una declarada y enérgica ambición —había escrito—: la de concurrir a la creación del socialismo peruano." Pero el decenio de 1930 marcó un viraje en el desarrollo del pensamiento marxista: se iniciaba la larga hegemonía stalinista. Este hecho determinaría por largas décadas el destino de la obra de Mariátegui. ¿Qué circunstancias permitieron, durante los años veinte, el desarrollo de una obra como ésta: no dogmática,

¹⁶ Cf. Gramsci. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1962, p. 26-27.

¹⁷ Mariátegui, "Henri Barbusse" en *Obras*, cit. t. 1. p. 158.

heterodoxa, original y revolucionaria?

II. EL COMUNISMO EN AMÉRICA LATINA EN LOS AÑOS VEINTE

Las tres primeras décadas del siglo veinte fueron cruciales en América Latina. Comenzó entonces a cristalizar un conjunto de procesos, que habían surgido en la etapa anterior y que darían lugar a cambios sustanciales en todos los niveles. Es un periodo histórico de transición. En su transcurso afloran algunas de las tendencias que, hasta hoy, determinan la realidad histórica latinoamericana. En la estructura económica, se verifica la crisis de la economía primario-exportadora. El eje de la acumulación se desplaza, como consecuencia hacia la actividad industrial.¹⁸ Se consolida la hegemonía imperialista de Estados Unidos. Emergen nuevas fuerzas, alterando la estructura social: un incipiente y débil proletariado urbano, y la burguesía industrial, son las más significativas. Pero se presentan también las llamadas clases medias. La irrupción de estas fuerzas en la escena política pone en marcha una larga crisis de hegemonía, que se manifiesta en el deterioro o el derrumbe, según los países, del Estado Oligárquico.¹⁹ La época está marcada, por tanto, por una relativa, pero importante, inestabilidad social y política.

En algunos países —Argentina, México, Brasil, Chile y Uruguay— los primeros núcleos del proletariado urbano aparecen desde las últimas décadas del siglo XIX. Son el producto de los inicios de un proceso de industrialización que después recibe un fuerte impulso de las condiciones creadas por la primera guerra mundial. Estos grupos entran en ebullición desde los primeros años de este siglo; sus demandas son comunes y elementales: quieren construir organismos sindicales estables, obtener mejores salarios y la reducción de las jornadas de trabajo. La lucha obrera aparece así, de manera casi sincrónica, por todo el continente. Estallan las primeras huelgas generales que se realizan en estas tierras. La primera fase de la lucha transcurre bajo la égida del anarquismo, pero las décadas iniciales de este siglo verán también el ocaso de esta ideología. Desde los años finales de la guerra, la crisis desata una fuerte lucha social y política. Grandes masas quedan

18 Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*. Ed. Era, México, 1973, p. 56.

19 Muchos autores en América Latina han sostenido que la crisis del orden oligárquico se originó fundamentalmente debido a la irrupción de los llamados "sectores medios". Éstos aparecen equivocadamente, en esas teorizaciones, como correspondientes a aquel tercer estado que actuó en la Revolución Francesa. Véase, por ejemplo, Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Ed. Siglo XXI, México, 1969, p. 55. Para una crítica a estas posiciones, Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente latinoamericano*. Ed. Siglo XXI, México, 1974.

entonces en situación de "disponibilidad". En otras condiciones, dos corrientes ideológico-políticas, contradictorias en lo esencial, entran a disputarse la conducción de las masas: el populismo nacionalista y el marxismo. A la postre, el populismo resultó triunfante en la confrontación. Debido a ello, la historiografía y la ciencia política latinoamericanas le han dedicado una gran cantidad de análisis. Se ha descuidado, en cambio, el estudio de la génesis del marxismo en América Latina, a pesar de su vigoroso surgimiento. Lo trajeron las noticias que anunciaban, en 1917 y 1918, el triunfo de los bolcheviques. Al insertarse en el ambiente de agitación social que se vivía, contribuyó a la formulación de nuevas orientaciones. Se creó un nuevo clima ideológico. Por todo el continente, grupos obreros e intelectuales progresistas saludaron el triunfo revolucionario. Este último, por ejemplo, fue el caso de José Ingenieros, quien declaró en un discurso pronunciado en Buenos Aires el 8 de mayo de 1918:

Mis simpatías [...] están con la revolución rusa, ayer con la de Kerensky, hoy con la de Lenin y de Trotsky [...]²⁰

En el Perú se venían cumpliendo las tendencias generales que, esquemáticamente, hemos visto en los párrafos anteriores. Por supuesto, dentro de condiciones específicas.²¹ Había una persistente lucha, desde comienzos del siglo, de los recientes núcleos del proletariado. En 1901 se realizó el primer Congreso Obrero de Lima, y a partir de 1904 las huelgas obreras fueron constantes y en aumento. La primera huelga exitosa por la jornada de 8 horas la ganaron en 1913 los trabajadores portuarios del Callao. El proletariado rural se incorporó a la agitación en 1916: en ese año, la población de Huacho fue sangrientamente reprimida. La lucha iba incorporando a capas cada vez más hondas de la sociedad peruana: en Puno se produjo, en 1915, una importante insurrección del campesinado indígena. Es en este contexto que se inició el camino de Mariátegui hacia el marxismo.

José Carlos Mariátegui nació en Moquegua, Perú, el 14 de junio de 1894.²² Sus malas condiciones de salud le impidieron asistir a la escuela y sólo logró terminar completo el primer año

20 José Ingenieros, *Los tiempos nuevos*. Ed. América, Madrid, p. 36.

21 Cf. Quijano, op. cit.

González Prada (1848-1918) fue el escritor anarquista más importante del Perú. El juicio más extenso de Mariátegui, sobre él, se encuentra en el séptimo de los *Siete ensayos*.

22 El año de nacimiento de Mariátegui ha sido establecido con precisión por Guillermo Rouillon, *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*, manuscrito, Lima, 1973, quien descubrió el acta de nacimiento. Para los datos biográficos, hasta 1919, sigo fundamentalmente este libro.

de primaria. Su formación fue, en sentido estricto, la de un autodidacta. Hijo de una viuda pobre, tuvo que trabajar desde la adolescencia: a los 15 años ingresa como obrero a los talleres tipográficos del diario *La Prensa*. Allí conoce a algunos obreros anarquistas, quienes, después, le presentarán a Manuel González Prada.²³ Empieza pronto a escribir sus primeras crónicas. En busca de un clima más liberal, se traslada en 1916 al periódico *El Tiempo*, que ese año comienza a publicarse. Su primera colaboración para este diario es una denuncia de la agresión imperialista yanqui contra México. Hasta ahora, los intereses principales de Mariátegui han sido sobre todo literarios: ha escrito poesía, cuento y algunas obras de teatro. Ha participado en el movimiento *Colónida*, que dirigiera Abraham Valdelomar.²⁴ En política es vagamente demócrata-liberal; en literatura, decadente; su mayor influencia proviene de los modernistas. Como el revolucionario cubano Rubén Martínez Villena, Mariátegui abandonará la literatura por la política. En 1917 tiene 23 años y ya es un periodista prestigioso. Es un hombre pequeño, enteco, pálido; un poco deforme: tiene una rodilla anquilosada y camina apoyándose en un bastón. Una enfermedad crónica —tuberculosis articular— lo había baldado desde niño y lo llevaría joven a la tumba. Por estas fechas, en la columna que tiene a su cargo en *El Tiempo*, empieza a publicar noticias y comentarios sobre la movilización obrera y se mantiene en contacto con los dirigentes anarquistas.

Pero el panorama ideológico peruano iba a cambiar pronto. El 9 de noviembre de 1917, *El Tiempo* daba una noticia que era, de hecho, el anuncio de un viraje histórico: "Petrogrado ha caído en poder de los maximalitas." La conmoción es grande. Nuevas palabras —maximalistas, bolchevique, socialismo— se incorporan al vocabulario político local. Víctor M. Maúrtua, amigo de Mariátegui, diputado y luego ministro de Hacienda en el gobierno de José Pardo (1915-1919), se declara socialista en la cámara de diputados. Mariátegui le dedica dos artículos —"El ministro bolchevique"— y piensa que éste debería encabezar a los socialistas peruanos. A través de Maúrtua, de los anarcosindicalistas y de Remo Polastri, un emigrado italiano, llega al conocimiento de las obras de Sorel, de Labriola y de otros teóricos de la lucha social. Lee también el semanario *España*, que dirigía Luis Araquistain, y la *Revista de Filosofía*, de José Ingenieros. De la primera toma el modelo para una efímera publicación, *Nuestra Época*, que edita en julio de 1918 junto con César Falcón. Mariátegui ya se declara socialista. Pero el suyo es todavía un socialismo

23 González Prada (1848-1918) fue el escritor anarquista más importante del Perú. El juicio más extenso de Mariátegui, sobre él, se encuentra en el séptimo de los *Siete ensayos*.

24 Sobre Valdelomar (1888-1919) y el movimiento *Colónida*. *ibid.*

pequeñoburgués, vago, fuertemente teñido de liberalismo. Muy semejante al que, desde Argentina, difundía José Ingenieros. Sin embargo, en noviembre de 1918, en compañía de un grupo heterogéneo, funda el Comité de Propaganda y Organización Socialista, el cual no tarda en ponerse en contacto con los socialistas argentinos. La agitación obrera, entretanto, se recrudece en Lima a fines de ese año. Los trabajadores paralizan multitud de fábricas, exigen aumento de salarios y la reducción de la jornada. Mariátegui y Falcón publican, en *El Tiempo*, los comunicados de las organizaciones obreras. El gobierno responde con la represión. Pero los trabajadores, sin titubeos, estallan la huelga general el 13 de enero de 1919. Ese mismo día, las fuerzas policíacas clausuran el periódico *El Tiempo*, bajo la acusación de "soliviantar el ánimo de las clases populares". Mariátegui y Falcón, como consecuencia, pierden su empleo. La huelga culmina con el triunfo: el gobierno, obligado por la fuerza, decreta la jornada máxima de 8 horas. En esos días de lucha, Mariátegui se ligó de manera definitiva con la clase obrera.

El Comité Socialista, por su parte, tuvo una vida breve. No tardaron en estallar en su seno las contradicciones que su heterogeneidad hacía inevitables. Dos órdenes de discrepancias sirvieron de catalizador: uno de carácter internacional; el otro, de carácter interno. En marzo recibió una invitación del Partido Socialista de la Argentina: se les llamaba a participar en un congreso socialista continental, que debía celebrarse en abril en Buenos Aires. Pero el congreso, en realidad, formaba parte de la confrontación, que ya se había iniciado a nivel mundial, entre los socialistas (o socialdemócratas) y los comunistas. Desde finales de 1918 se había sabido en Moscú que la socialdemocracia europea planeaba convocar una asamblea en Berna, con el fin de resucitar la II Internacional. El proyecto recibió una inmediata condena del gobierno soviético. No obstante, el congreso socialdemócrata se reunió el 3 de febrero de 1919. Por otra parte, en el Kremlin se había decidido poner en marcha el tantas veces postergado proyecto de Lenin: convocar, a "los internacionalistas de hecho", a la fundación de la III Internacional: la invitación correspondiente se radió al mundo, desde Moscú, el 24 de enero de 1919. El documento de los argentinos, al dar cuenta de los enfrentamientos entre las corrientes socialistas de su país, reflejaba también las contradicciones a nivel internacional:

[...] El Partido Socialista [...] es la única organización oficial existente en el país como sección de la Internacional Obrera. Fuera de nuestra organización existen dos fracciones: una titulada Partido Socialista Argentino [...] Otra organización titulada Partido Socialista Internacional [...]

Estas dos organizaciones últimas no tienen ninguna relación ni oficial ni extraoficial con nuestro Partido y tampoco están reconocidas como tales por la Oficina Socialista Internacional.²⁵

En la discusión de este documento en el Comité Socialista peruano, un pequeño grupo, encabezado por Mariátegui y Falcón, sostuvo la posición de no participar en el congreso. Criticaron el reformismo de los socialistas argentinos y reivindicaron al Partido Socialista Internacional. En la discusión de los problemas internos, sostuvieron, contra la opinión mayoritaria, que el Comité no debía transformarse en partido "mientras su presencia no tenga arraigo en las masas". Quedaba así abierto el camino de la escisión. La mayoría del Comité se convirtió en partido, para disgregarse poco después sin dejar rastro. Mariátegui se apartó del Comité con sus amigos, se mantuvo en relación con los trabajadores y continuó desarrollando una labor de propaganda. Con todo ello, daba un paso más hacia el marxismo.

En estos años, sin embargo, eran extraordinariamente escasas las obras de Marx y Engels que se podían leer en América Latina. La guerra, por otra parte, había creado naturales obstáculos para la difusión de la literatura revolucionaria. Y aún más: los textos en que Marx o Engels se habían referido a problemas y países de la región, no sólo eran pocos y desconocidos, sino además contenían numerosos juicios erróneos.²⁶ Se puede afirmar que no existían ni siquiera las bases teóricas mínimas para el desarrollo de un marxismo latinoamericano. La interpretación marxista de esta realidad, así, estaba completamente por hacerse. Por otra parte, respecto a posiciones políticas, no se podía contar con orientaciones coherentes y específicas. La revolución bolchevique, es cierto, aparecía como un gran acontecimiento ejemplar: llenaba de esperanzas a muchos trabajadores y les indicaba un rumbo. Pero era también, en 1919, un conjunto de hechos no fáciles de comprender. Con intuición certera, núcleos proletarios de todos los países tomaron la defensa de la revolución como un asunto en el que se encontraban directamente involucrados. Pero no podían saber con exactitud lo que pasaba en Rusia. Las noticias llegaban, distorsionadas, escasas, a través de la prensa burguesa; antes, habían pasado por el tamiz de las agencias imperialistas. Los nombres de Lenin y de Trotsky habían alcanzado resonancia universal, pero sus obras no se conocían. El centro mundial de los acontecimientos políticos se localizaba incuestionablemente en Europa. Era por tanto natural que la atención de los revolucionarios rusos se dirigiera, de manera especial y casi

²⁵ El documento se publicó en *El Tiempo*. 12 de marzo de 1919. Citado por Rouillon, op. cit., pp. 192-93.

²⁶ Cf. K. Marx y F. Engels, *Materiales para la historia de América Latina*. Ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1975.

exclusiva, a ese continente.

Es cierto que el concepto de revolución mundial aparece en estos años como una constante en la propaganda bolchevique. Pero esta noción, por el momento, sólo se refiere a Europa, y dentro de ella, sólo a algunos países que parecen al borde del estallido. Luego se ampliará para incluir también al Oriente. Pero América Latina será de hecho ignorada hasta el VI Congreso de la Internacional Comunista (IC), que no se celebraría hasta 1928. Así, en la invitación a participar en el congreso del que iba a surgir la IC, no se mencionaba a ningún grupo ni partido de América Latina, mientras que de Asia sólo se mencionaba a los grupos socialistas del Japón.²⁷ Existían incluso problemas para nombrar con precisión a los grupos y partidos que estaban rompiendo con la socialdemocracia. Se hablaba en esos años, para aludir a la adscripción a una u otra corriente, de "minimalistas" o sostenedores del programa mínimo o reformista y de "maximalistas" o partidarios del programa máximo o revolucionario. En sus Tesis de abril de 1917, Lenin había propuesto el nombre de comunistas. Pero la argumentación que la sustentaba sólo se conoció ampliamente fuera de Rusia, y presentada en forma muy sucinta, hasta que se publicó la convocatoria al congreso fundacional de la IC. No es raro, entonces, que los primeros grupos simpatizantes de la revolución soviética que se constituyeron en América Latina se llamaran socialistas. Estos grupos se organizaron por propia iniciativa, y durante largos años actuaron dentro de una amplia autonomía. En realidad, avanzaron por su cuenta hasta 1929. En los diez años que median entre su aparición y los comienzos de su subordinación a la hegemonía del partido comunista soviético, se construyeron los cimientos de un marxismo revolucionario latinoamericano: fue Mariátegui el principal realizador de esta tarea, pero a ella contribuyeron también hombres como Luis Emilio Recabarren y Julio Antonio Mella, el fundador del Partido Comunista de Cuba en 1925. Hay que desechar, sin contemplaciones, la muy difundida versión de derecha —sostenida incluso por algunos partidos comunistas— según la cual estas organizaciones nacieron en América Latina por determinación de la IC. Fueron el producto, natural y espontáneo, de un proceso de diferenciación y de lucha actuado por las corrientes obreras de la época. Este proceso, por supuesto, se desplegó dentro del nuevo clima ideológico provocado por la revolución. Pero si la lucha de tendencias pudo prosperar, fue sólo porque existían condiciones objetivas propicias en el seno de la misma clase obrera.

En algunos países, los partidos socialistas ya tenían una historia; en otros, rápidamente se organizaron grupos socialistas bajo el impacto de la revolución. Pero en general, entre 1917 y 1922,

²⁷ *I Congreso de la Internacional Comunista*. Ed. Grijalbo, México, 1975, pp. 20-21.

en los principales países de América Latina surgieron núcleos simpatizantes del poder soviético. La IC no podía intervenir en estos años en su organización. Cuando su I Congreso se reunió en Moscú, en marzo de 1919, sólo estuvo presente un reducido número de delegados, porque el bloqueo imperialista fue eficaz para impedir la llegada de otros. La IC sólo nacería realmente después del II Congreso, de julio-agosto de 1920:

¿Qué era la Tercera Internacional en el momento de su fundación en marzo de 1919? [preguntaba Zinóviev en el II Congreso]. Nada más que una asociación de propaganda; y así permaneció durante su primer año de vida [...].²⁸

Durante ese año, precisamente, se rondó en México el primer partido que en América Latina tomó el nombre de partido comunista. José Allen, quien sería su primer secretario, confesaba, sin embargo: "Ignoro el significado de la palabra bolchevique, pero si el tener hambre es ser bolchevique, nosotros lo somos." Durante los últimos días de agosto y los primeros de septiembre de 1919 se realizó, con la asistencia de varios grupos de diferentes estados de la república, un Congreso Nacional Socialista. Éste se dividió en tres corrientes: una de ellas se manifestó acorde con los principios sustentados en el Manifiesto de la IC.²⁹ Esta corriente se organizó en el Partido Socialista Mexicano, que por acuerdo de su comité cambió de nombre casi en seguida: la conferencia nacional, celebrada el 24 de noviembre de 1919, ratificó el nombre de partido comunista.³⁰ Manabendra Nath Roy, quien alcanzaría renombre internacional a partir del II Congreso de la IC, debido a su desacuerdo con Lenin respecto de las famosas tesis sobre la cuestión nacional y colonial, estuvo presente en el Congreso Nacional Socialista. Su presencia allí se ha aducido como prueba contundente de que el PCM fue creado por determinación de la IC. Sin embargo, aunque la presencia de Roy es innegable, es discutible su supuesto carácter de enviado de la IC. Roy no figura como asistente al I Congreso. Y, por otra parte, 1919 fue el año de mayor

²⁸ Citado por E. H. Carr, *La revolución bolchevique (1917-1923)*. Ed. Alianza, Madrid, 1973, vol. III, p. 204. En el II Congreso de la IC se aprobaron las famosas 21 condiciones de admisión que, entre otros muchos requisitos, estatuyeron que sólo podían ingresar a la organización aquellos partidos que adoptaran el nombre de comunistas.

²⁹ El Manifiesto, en *I Congreso...*, op. cit., pp. 236-50. Su autor fue León Trotsky. Una ironía de la historia: el PCM que reconoce su origen en ese Manifiesto, devino en los treinta y uno de los agrupamientos comunistas más antitrotskyistas de su época.

³⁰ Véase Lino Medina, "La fundación y los primeros años del Partido Comunista Mexicano", en *Nueva Época*. México, abril-mayo de 1969, pp. 44-59.

aislamiento de la Rusia soviética: resulta prácticamente imposible que Roy, en México, hubiera podido establecer comunicación con Moscú. Ni aun Rádek, que se encontraba entonces en Berlín, tuvo medios de comunicarse con Moscú; lo logró sólo hasta noviembre de ese año, gracias a un representante soviético llegado a Alemania, que le transmitió noticias e indicaciones.

En Uruguay y Chile, los preexistentes partidos socialistas decidieron, casi en pleno, cambiar su nombre por el de partidos comunistas, en 1921 y 1922, respectivamente.³¹ Y no se sabe de la presencia de ningún "enviado" de la IC. En Brasil, el socialismo no había echado raíces. La confrontación ideológica la escenificaron diversos grupos anarquistas, pero reinaba la confusión. Todavía el 10 de mayo de 1921, Octavio Brandão, uno de los principales dirigentes ácratas pro-bolcheviques, dijo en un discurso que el ideal de los luchadores brasileños "debería ser la conciliación de Marx y Bakunin, de Lenin y Kropotkin."³² La lucha se exacerbó, pero, finalmente, el partido comunista fue fundado en marzo de 1922.³³ En Argentina, el partido socialista tenía ya una larga historia. Fundado en 1895, en 1904 enviaba su primer representante —Alfredo L. Palacios— a la cámara de diputados. Miembro de la II Internacional, su acción y su programa eran los típicos de los partidos socialdemócratas europeos. Las contradicciones florecieron en su seno: primero, debido a la posición —favorable a la Entente— que adoptó frente a la guerra; segundo, respecto de la revolución bolchevique. El grupo disidente, expulsado del partido, organizó el 5-6 de enero de 1918 el Partido Socialista Internacional (PSI). Este grupo, antes, se había manifestado concorde con los términos de la declaración de la "izquierda de Zimmerwald". Ahora, criticaba el oportunismo y la claudicación de los socialistas oficiales y saludaba el triunfo bolchevique:

[...] Los maximalistas rusos —declaraba el PSI, en un comunicado que envió a todo el movimiento socialista— heroica vanguardia del socialismo internacional han sentado las bases de una nueva humanidad, la roja semilla de la humanidad futura, sin castas ni privilegios sociales, sin guerras y sin tiranos [...]³⁴

31 Para Chile, Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. Ed. Era, México, 1974, pp. 39-42. Para Uruguay, Robert J. Alexander, *Communism in Latin America*. Rutgers University Press, New Brunswick, 1969, p. 136.

32 Citado por Alexander, en *ibid*, p. 93.

33 Leoncio Martins Rodrigues, *La clase obrera en el Brasil*. Ed. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969, p. 51.

34 "Report Transmitted to the International Socialist Party and to all Socialist Parties, 1919", citado por Robert J. Alexander, *op. cit.*, p. 155. Para los principales documentos del Partido Socialista Argentino, hasta 1912, véase Hobart Spalding, *La clase trabajadora argentina* (documentos para su historia). Ed. Galerna, Buenos Aires, 1970.

En diciembre de 1920, el PSI acordó, por unanimidad, adoptar el nombre de partido comunista. Pero desde un año antes, en abril de 1919, a sólo un mes de fundada la IC, había votado su adhesión a ésta. Este partido comunista, a cuyo frente se encontraban Victorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi y José Penelón, jugaría después un papel de importancia en el proceso de subordinación de los comunistas latinoamericanos a la hegemonía stalinista. Por lo pronto, todas estas organizaciones eran pequeñas y débiles: este es otro factor para explicar la poca o nula importancia que tenían entonces para la IC. Lentamente, sin embargo, esta situación iría cambiando. Parece que, por lo menos, los partidos comunistas de México y Argentina comenzaron a participar desde el III Congreso de la IC. Pero todavía al V Congreso, el delegado del PCM, B.D. Wolfe, secretario de prensa de su partido, pudo llegar sólo después de vencer fuertes dificultades, muy reveladoras de la sustancial debilidad de su organización:

Con dificultad pude llegar a tiempo al Congreso —informaba Wolfe al III Congreso del PCM— debido a la escasez de medios pecuniarios del Partido, que por aquella época no contaba con ningún dinero y esto me obligó a partir de México a última hora con ciento veinticinco pesos de contribuciones de miembros y simpatizantes [...] Pedí prestados aquí cien pesos más [...] llegué a Nueva York, donde pude pedir prestados 125 dólares. Trabajando en el barco conseguí el pasaje hasta Copenhague y llegué por fin a Moscú a última hora [...] ³⁵

Estas fatigas no las compensaban los resultados obtenidos. Wolfe fue el único delegado que en ese Congreso habló en nombre de América Latina. Pero sus llamados para que se prestara atención a este continente, cayeron en el vacío:

El proletariado europeo tiene un peligroso enemigo en los Estados Unidos. Pero tiene en el proletariado de América Latina un aliado poderoso. La Internacional no lo sospecha suficientemente [...] La importancia de América Latina para los Estados Unidos es inmensa, pero ni Zinóviev ni los comunistas estadounidenses la reconocen.³⁶

³⁵ "Informe del delegado del PCM al quinto congreso de la IC", en PCM, *III Congreso*. Talleres gráficos "Soria", México, 1925.

³⁶ *V Congreso de la Internacional Comunista*, primera parte. Ed. Cuadernos de Pasado y Presente. Córdoba, 1975. p. 163. El Congreso se reunió del 17 de junio al 8 de julio de 1924.

Intervino en una segunda ocasión, para hablar del problema agrario de México, con el mismo resultado. En ese congreso, José Penelón fue elegido miembro del Ejecutivo de la IC en representación de América Latina. Poco después, con la participación de los partidos comunistas de México y Estados Unidos, se organizó la Liga Antimperialista de las Américas, que a mediados de 1925 empezó a publicar *El Libertador*, en México. Un año después, el 15 de abril de 1926, aparece *La Correspondencia Sudamericana*, en Buenos Aires, que sería el órgano del buró sudamericano de la IC. A pesar de todos estos avances, todavía en el VI Pleno Ampliado del Ejecutivo de la IC (de finales de 1925), la discusión sobre América Latina dejaba ver un panorama más bien desolador: se mencionó al Partido Comunista de Chile como el único partido de masas de la región, pero se le definió como dominado por viejos dirigentes socialdemócratas. De Cuba, se dijo que el partido (que se había organizado precisamente en ese año) había desaparecido, etcétera.³⁷ El V Congreso había aprobado la tesis de la "bolchevización" de los partidos comunistas; su puesta en práctica se traduciría en la subordinación de las organizaciones nacionales a la hegemonía stalinista. Pero este resultado se alcanzaría sólo años más tarde y no sin lucha. Mientras tanto, los comunistas latinoamericanos continuaron manteniendo un amplio grado de autonomía.

Hay otra influencia significativa, que al inicio de la posguerra determinó la orientación de algunos intelectuales latinoamericanos hacia el comunismo. Se trata del movimiento *Clarté*, que tomó su nombre de la revista que Henri Barbusse fundó en París en 1919, y que se transformó pronto en un movimiento internacional. *Clarté* hacía un llamado a luchar contra las guerras y a defender a la Rusia soviética. Lanzó un manifiesto que tuvo honda repercusión en América Latina: en Chile, en Argentina, en Brasil y Perú, aparecieron revistas bajo el nombre de *Claridad*.³⁸ *Clarté* se definió como el órgano de una Internacional del Pensamiento, que debía agrupar a los escritores, sabios y artistas dispuestos a luchar por una humanidad nueva. José Carlos Mariátegui fue sensible también a la prédica de Barbusse:

Clarté ahora no es sino una faz, un sector del partido revolucionario. Significa un esfuerzo de la inteligencia por entregarse a la revolución y un esfuerzo de la revolución por apoderarse de la inteligencia.³⁹

37 Rudolf Schlesinger, *La Internacional Comunista y el problema colonial*. Ed. Cuadernos de Pasado y Presente. Córdoba, 1974, p. 65.

38 Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina*. Ed. Joaquín Mortiz, México, 1971, pp. 144-45. José Ingenieros, op. cit., pp. 74 y ss.

39 Mariátegui, "El grupo Clarté", en *Obras*, cit., t. I, p. 156.

En el Perú, el año de 1919 terminó tan convulso como se había iniciado. La movilización obrera no sólo se mantiene, sino además va en aumento. Un numeroso grupo de sindicatos, ante la creciente elevación de los precios, organiza en abril el Comité Pro-Abaratamiento de las subsistencias. Mariátegui y Falcón, por su parte, empiezan a editar el 14 de mayo el diario *La Razón*. Aquí publicarán traducciones y artículos de propaganda socialista; combatirán junto al proletariado y sostendrán una campaña por la reforma universitaria. En mayo, la represión se recrudece nuevamente. Los principales dirigentes sindicales —Carlos Barba, Nicolás Gutarra y Abelardo Fonkén— son apresados. Los trabajadores acuerdan la huelga general el 26 de mayo y la orden se cumple totalmente en Lima y el Callao. La represión es violenta e implacable: en las calles de ambas ciudades se combate a mano armada; los trabajadores levantan barricadas, pero, finalmente, en los primeros días de junio, se impone la superioridad de las fuerzas represivas. Todavía perduran los ecos de estas jornadas, cuando se produce el 4 de julio el golpe de Estado de Augusto B. Leguía, quien se mantendrá en el poder a lo largo de los siguientes once años. Su política se significará, sobre todo, por la completa entrega del Perú a la penetración del capital imperialista norteamericano. Dos rasgos sobresalen en sus métodos favoritos de gobierno: la corrupción desenfrenada y el destierro de sus enemigos. En efecto, durante el gobierno de Leguía, saldrán del Perú, expulsados, dirigentes estudiantiles, sindicales y políticos; incluso miembros de la oligarquía colocados en la oposición. Se abrirá, por ello, para Mariátegui, el camino de Europa. Un editorial antileguísta, publicado en *La Razón*, tuvo como consecuencias: primero, la supresión del diario, que no volvió a encontrar impresor dispuesto a editarlo; segundo: el destierro para Mariátegui y Falcón.

El 8 de octubre, Mariátegui parte del Callao rumbo a Italia. Llega a París en un momento particularmente agitado de la vida europea. Se entrevista con Barbusse y con Romain Rolland. Luego, a partir de diciembre, se establece en Roma. En Italia permanece un poco más de 2 años y medio. En ese lapso, contemplará el auge, hasta el máximo grado de intensidad, de la lucha de la clase obrera italiana, es decir, el movimiento turinés de ocupación de fábricas. Verá: también su derrota y será testigo del ascenso del fascismo, Estudiará, sobre el terreno, el convulso panorama europeo: el tratado de Versalles y sus consecuencias; la declinación de la marea revolucionaria; la consolidación del poder soviético y los primeros pasos de la IC; el despuntar del fascismo germano; asistirá como corresponsal al congreso de Livorno y dará cuenta del nacimiento del Partido

Comunista Italiano; en fin, se hará de una visión, estructurada y coherente, de los principales problemas de su época. En Italia se casa; conoce a Benedetto Croce y a otros intelectuales y políticos italianos; sigue con atención el semanario *L'Ordine Nuovo*, de Gramsci. Aquí, afina su orientación ideológica y se afianza definitivamente en el marxismo. En junio de 1922, sale de Italia, cuando ésta ya se encuentra en el umbral de la "marcha sobre Roma". Viaja por Europa; en Alemania, se instala algunos meses. Cuando regresa al Perú, el 20 de marzo de 1923, ha permanecido fuera 3 años y medio: "He hecho en Europa mi mejor aprendizaje", dirá más tarde, sintetizando su experiencia.⁴⁰

III. UNA TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN PARA AMÉRICA LATINA

José Carlos Mariátegui volvió de Europa con un proyecto: "trabajar por la organización de un partido de clase". Pero estaba obligado a iniciar su empresa desde cero. Con él llegaban al Perú los primeros planteamientos marxistas sistemáticos. Testigo y protagonista de las luchas del pasado inmediato, no se engañaba respecto a los obstáculos impuestos por la propia realidad. No sólo había que contar con el persistente antagonismo del poder dictatorial. En el movimiento obrero, además, los anarquistas conservaban la hegemonía. Sus primeras actividades, en consecuencia, estuvieron orientadas a suscitar un determinado ambiente ideológico-cultural. A través de la Universidad Popular González Prada, que le ofreció su tribuna, se puso nuevamente en contacto con el proletariado limeño. Empezó así a ejecutar la tarea de fundación cultural y de organización clasista que se había propuesto: de junio de 1923 al 26 de enero de 1924 dictó un curso de conferencias sobre la historia de la crisis mundial.

La Universidad Popular era, sin duda, el mejor foro de la época. Fue fundada en Cuzco en marzo de 1920 por acuerdo del Congreso de Estudiantes, cuyo principal animador había sido Víctor Raúl Haya de la Torre. Pero las universidades populares, en realidad, habían aparecido en muchos países de América Latina. Eran un típico producto de las luchas por la reforma universitaria. Y en ellas cobraba cuerpo una alteración producida en las relaciones sociales. No sólo porque la revuelta estudiantil manifestaba la voluntad de renovación de la pequeña burguesía, declaradamente

⁴⁰ Véase Estuardo Núñez, "José Carlos Mariátegui y su experiencia italiana", en *Cuadernos Americanos*, año XXIII, n. 6, noviembre-diciembre de 1964. Mariátegui, *Obras*, cit., t. 15. Mariátegui se hizo marxista en Italia; la cultura italiana dejó una honda huella en su pensamiento. Pero aquí no podemos ocuparnos de esta fase tan importante en el proceso de formación de Mariátegui.

antioligárquica. También, y sobre todo, porque en esos centros de educación tomó forma el anhelo estudiantil de acercarse a los trabajadores para orientarlos con sus luces. Se establecieron, de este modo, las primeras relaciones obrero-estudiantiles. Basta mencionar un dato para medir la importancia de estas instituciones: en ellas hicieron sus primeras armas algunos líderes universitarios que, años después, devinieron dirigentes políticos con presencia continental. Tales fueron los casos de Haya de la Torre en el Perú, de Vicente Lombardo Toledano en México y de Julio Antonio Mella en Cuba, para no mencionar sino a los más sobresalientes. Por supuesto, no todos siguieron la misma trayectoria. Los dos primeros se incorporaron a proyectos nacionalistas-populistas, favorables al ascenso de la burguesía industrial. Mella, por su parte, combatió junto al emergente proletariado, sumándose a las filas comunistas.

Las disímiles trayectorias de los dirigentes y participantes de las universidades populares muestran con toda claridad la alternativa abierta en el periodo a la pequeña burguesía ilustrada. En el Perú, al principio, Mariátegui y Haya aparecen unidos en las tareas de la Universidad Popular. Luego veremos cómo su camino se bifurca. Serán portadores de intereses de clase y proyectos históricos antagónicos. Por ahora, Haya es sólo un joven dirigente estudiantil. Mariátegui, en cambio, empieza a difundir una concepción marxista que ya posee. A su curso asistieron obreros y estudiantes. Pero tuvo que enfrentar, desde la primera conferencia, la declarada hostilidad de los anarquistas. Para romper las resistencias, propuso una noción muy amplia de vanguardia obrera:

[...] aquella parte del proletariado, socialista, laborista, sindicalista o libertaria [...].⁴¹

Va más lejos. Propone todo un método, acorde a las condiciones específicas, de organización del proletariado peruano:

No omitiré la exposición del movimiento anarquista. No traeré ningún espíritu sectario [...] soy partidario antes que nada del frente único proletario [...] Antes que agrupar a los trabajadores en sectas o partidos agruparlos en una sola federación.⁴²

Debido a este tipo de juicios, algunos críticos acusaron más tarde a Mariátegui de no haberse liberado de resabios anarcosindicalistas. Pero perdían de vista las condiciones específicas que determinaban su acción. No tomaron en cuenta el elemento táctico encerrado en esa propuesta.

41 Mariátegui, "La crisis mundial...", en *Obras*, cit. t. 8, pp. 17-18.

42 Mariátegui, "El fracaso de la segunda internacional", en *ibid.*, p. 33.

Mariátegui poseía una aguda conciencia de una de las premisas metodológicas fundamentales del marxismo:

El marxismo [...] no es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales [...] El marxismo en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades.⁴³

Sabía, pues, que debía desplegar su acción dentro de un medio determinado. Posiblemente en su posición —formar primero una organización sindical para agrupar a todos los trabajadores peruanos— influyó su admiración por Sorel y por el sindicalismo revolucionario. De todas maneras, un análisis atento puede verificar la ausencia, en el pensamiento de Mariátegui, de los principios normativos del anarcosindicalismo. Nunca defendió los métodos de la acción directa; más bien, indujo al proletariado a aprovechar los menores resquicios legales para ir consolidando avances. No presentó jamás como válido el apoliticismo: luchó sin descanso por dar a la clase obrera del Perú una conciencia continental y mundial, de los tormentosos problemas políticos de su tiempo. Si Mariátegui se hubiera presentado ante los trabajadores con el aire prepotente de los sectarios y dogmáticos, sin duda se habría quedado solo. Su flexibilidad, en cambio, encontró oídos dispuestos y conciencias permeables. Por lo demás, al inicio de los veinte la organización sindical de los obreros peruanos era una exigencia perentoria. En medio del auge obrero de 1919 se había organizado la Federación Obrera Regional Peruana. Pero no tenía existencia efectiva más allá de Lima. Reconociéndolo, en 1922 cambió su nombre por el de Federación Obrera Local (FOL). Las tácticas anarcosindicalistas se mostraban impotentes para extender la organización sindical a todo el país. La literatura socialista y sindicalista anterior a la guerra, ya obsoleta, no tenía respuestas para guiar el avance de la lucha de clases. Mariátegui, comprobando estos hechos, se dispuso a mostrar la nueva realidad mundial y las nuevas tendencias de la lucha obrera. El marxismo, para él, no sólo en el terreno teórico estaba llamado a sustituir las anacrónicas concepciones anarcosindicalistas. También en el terreno práctico tenía respuestas más acordes con la época. Por eso, se pronunció sin circunloquios por caminar hacia una reorganización del movimiento

43 Mariátegui, "Mensaje al congreso obrero", en *Obras*, cit., t. 13, pp. 111-12. Cf., para una crítica al concepto de vanguardia obrera propuesto por Mariátegui en su conferencia de 1923, Manfred Kossok, "Mariátegui y el pensamiento marxista en el Perú", en *Mariátegui y los orígenes*, op. cit.

proletario:

Aquí, como en Europa, los proletarios tienen, pues, que dividirse no en sindicalistas y socialistas [...] sino en colaboracionistas y anticolaboracionistas, en reformistas y maximalistas.

Se trataba, ante todo, de conducir a la clase obrera, en el orden operativo y en el de la organización, hacia las corrientes contemporáneas de la revolución mundial. El objetivo, por supuesto, no era la división. Mariátegui se proponía colaborar en la creación de una fuerza material orientada por el marxismo. Pero ésta no podía surgir de un acto instantáneo y voluntarista. El proyecto sólo era viable en el marco de un desarrollo consciente:

[...] para que esta clasificación se produzca con nitidez, con coherencia, es indispensable que el proletariado conozca y comprenda, en sus grandes lineamientos, la gran crisis contemporánea. De otra manera, el confusionismo es inevitable.⁴⁴

De este modo, Mariátegui aclaró, desde su primera conferencia, algunos de los objetivos que se proponía alcanzar. Pacientemente irá ganando adeptos, año tras año, a medida que su propaganda penetra en núcleos cada vez más amplios del proletariado. En octubre de 1923, la deportación de Haya de la Torre, decretada por el gobierno de Leguía, pone en manos de Mariátegui la dirección de Claridad, órgano de la Universidad Popular. A partir del número 5, la revista abandona el tono estudiantil y aparece como órgano de la FOL. "Mariátegui —relata él mismo— inicia la organización de una sociedad editora obrera para la publicación de la revista, y con vistas a la de un diario; pero en este tiempo se enferma gravemente y escapa a la muerte a costa de la amputación de la pierna derecha."⁴⁵ Es el año de 1924: queda postrado en una silla de ruedas. Apenas restablecido, sin embargo, reanuda su intenso ritmo de trabajo. Colabora regularmente en dos revistas burguesas peruanas, *Mundial* y *Variedades*, y en ocasiones en otras de América Latina y Estados Unidos. Organiza la librería e imprenta Minerva, en donde edita su primer libro, *La escena contemporánea*, en 1925.

Elabora, desarrolla y difunde su concepción sobre el frente único proletario. Para él, las luchas de tendencias en el seno de la clase obrera son naturales e inevitables. Incluso, son un signo de mayor desarrollo de la clase, a condición de que las discrepancias no impidan concretarse para

44 Mariátegui, "La crisis mundial...", en *Obras*, cit., t. 8, pp. 21-22.

45 Mariátegui, "Antecedentes y desarrollo de la acción clasista", en *Obras*, cit., t. 13, p. 101.

combatir al enemigo común. Por medio de la propaganda, interviene de manera cada vez más decisiva en el proceso de organización sindical. La FOL convoca, en 1926, a un segundo congreso obrero (el anterior se había realizado en 1921) o Mariátegui envía una carta; en ella previene contra los abstractos debates doctrinarios, muy del agrado de los ácratas, y propone un programa de unidad proletaria. Pero ello no impide que las disensiones afloren en el congreso. En su mensaje, Mariátegui adoptó una postura explícita en relación al tipo de sindicato que propugnaba. Para él no se trataba sólo de organizar la defensa cotidiana de los trabajadores; sobre todo, se debía formar conciencia de clase. Después de criticar a las burocracias sindicales socialdemócratas, que habían llevado a la derrota al proletariado europeo, inoculándole "una mentalidad sanchopancesca", concluía:

Un proletariado sin más ideal que la reducción de las horas de trabajo y el aumento de los centavos del salario, no será nunca capaz de una gran empresa histórica.⁴⁶

La educación sindical, sostenía, debe combatir el espontáneo y estrecho espíritu corporativo o de gremio de los trabajadores, educándolos en un espíritu de clase. La educación y la organización del proletariado debían entenderse como dos momentos, en estrecha conexión, de una misma actividad. Una tarea no debía postergar a la otra. Propagar una determinada concepción del mundo debía posibilitar la agrupación de la fuerza capaz de transformarlo. Pero al tiempo que esa fuerza se forma y robustece, la educación, la propaganda, es todavía más necesaria.

En septiembre de 1926, Mariátegui dio cima a un proyecto antiguo. Desde su vuelta de Europa tenía la intención de fundar una revista crítica. Una "revista de los escritores y artistas de vanguardia del Perú y de" hispano-América". Por fin, en septiembre, apareció el número 1 de *Amauta*. Esta revista representa el mayor logro de Mariátegui en tanto que organizador de la cultura. *Amauta* no sólo fue una revista de doctrina, sino también una revista de arte y literatura. Con razón, se ha mencionado la evidente analogía que se puede establecer entre *Amauta* y aquella revista que Gramsci planeaba en sus *Cuadernos de la cárcel*.⁴⁷ Mariátegui caracterizó *Amauta* como una revista de debate doctrinal y de definición ideológica:

46 Mariátegui, "Mensaje...", en *ibid.*, p. 116.

47 Antonio Melis, "Mariátegui, primer marxista de América", en *Casa de las Américas*, año VIII, n. 48, mayo-junio de 1968, p. 24.

Esta revista, en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa, más bien, un movimiento [...] El movimiento —intelectual y espiritual— adquiere poco a poco organicidad. Con la aparición de *Amauta* entra en una fase de definición.

Mariátegui no se proponía imponer un programa. Quería organizar un debate. A través de un proceso natural de asimilación y eliminación esperaba agrupar una vanguardia intelectual:

Amauta cribará a los hombres de la vanguardia —militantes y simpatizantes— hasta separar la paja del grano. Producirá o precipitará un fenómeno de polarización y concentración.⁴⁸

También en este caso su extraordinaria flexibilidad le permitirá atraer y organizar a varios intelectuales. Ser flexible, empero, para él no significa transigir con ideas equivocadas o cerrar los ojos frente a las discrepancias. Por el contrario, polemiza cada vez que se hace necesario. Haya de la Torre y otros apristas colaboran en este tiempo en las páginas de *Amauta*. En ellas aparecen desde textos de Lenin y de Trotsky, hasta textos de Unamuno y Vasconcelos; de Breton, Neruda y César Vallejo; Mariano Azuela, Máximo Gorki, Isaac Babel, etcétera. Pero la animadversión del régimen no se hará esperar. A principios de junio de 1927, Leguía se lanza a otra de sus frecuentes campañas represivas. Los objetivos de la batida policial: las organizaciones obreras, el movimiento aprista y la revista *Amauta*.⁴⁹ Ésta, en su número 9, correspondiente a mayo, había publicado una serie de estudios contra la penetración imperialista yanqui en el Perú. Los resultados de la represión: la policía aprehendió a cerca de 50 militantes, entre ellos a Mariátegui, que fue confinado durante seis días en el hospital militar debido a su estado de salud; decreto de disolución de la FOL y prohibición de toda actividad sindical; clausura de *Amauta* y de los talleres de la editorial Minerva, donde se imprimía. Dos años después, Mariátegui hizo el balance general de esta experiencia. En el documento "Antecedentes y desarrollo de la acción clasista", que envió al congreso constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana escribió:

La represión de junio entre otros efectos tiene el de promover una revisión de métodos y conceptos y una eliminación de los elementos débiles y desorientados, en el movimiento social.

48 Mariátegui, "Presentación de *Amauta*", en *Obras*, cit., t. 13; pp. 237-38; véase Alberto Tauro, *Amauta y su influencia*. Ed. *Amauta*, Lima, 1974.

49 Sobre la represión de junio, véanse las cartas de Mariátegui a La Prensa y a *La Correspondencia Sudamericana*, en *Obras*, cit., t. 13, pp. 240-44, nota.

De un lado se acentúa en el Perú la tendencia a una organización, exenta de los residuos anarco-sindicales, purgada de la "bohemia subversiva"; de otro lado aparece clara la desviación aprista.⁵⁰

Mariátegui data en la represión de junio el inicio de un proceso de mayor diferenciación ideológica y, por ende, de definición organizativa y política. El proceso se desenvolverá a lo largo de los dos años siguientes. Por lo pronto "*Amauta* no podía morir". Reaparece en diciembre de 1927 y no cesará de publicarse sino hasta poco después de la muerte de Mariátegui. Para septiembre de 1928, él considera concluida la fase de definición ideológica. La acerba pugna con el aprismo obliga a deslindar rigurosamente los campos.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse [...] La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada, no necesita ya llamarse revista de la "nueva generación", de la "vanguardia", de las "izquierdas". Para ser fiel a la revolución, le basta ser una revista socialista.⁵¹

El 10 de noviembre de ese año sale el número uno del periódico *Labor*. A pesar de una existencia incierta, derivada de lo exiguo de su economía, descansa sobre una base social sólida. "Labor representa los intereses y las aspiraciones de toda la clase productora", dice Mariátegui de su periódico. Éste le permitirá extender la influencia de sus ideas entre el proletariado. En *Labor*, Mariátegui publica el 10 de mayo de 1929 un manifiesto en el que llama a organizar la Confederación General de Trabajadores del Perú. Firmada por siete de las más importantes federaciones obreras del país, a esta convocatoria responden las masas proletarias con prontitud. El 17 de mayo se constituye la que ha sido considerada la central histórica de los trabajadores peruanos. La CGTP, que sobrevive en el Perú bajo este nombre, para 1931 contaba ya con 60000 adherentes.⁵²

La polémica ideológica y el deslinde político entre Mariátegui y el APRA (Alianza Popular

50 Mariátegui, "Antecedentes...", en *ibid.*, p. 104.

51 Mariátegui, "Aniversario y balance", en *ibid.* p. 247.

52 *Labor* apareció en 10 ocasiones; el último número se publicó el 7 de septiembre de 1929, inmediatamente después fue prohibida su publicación.

Revolucionaria Americana) se desarrolló al tiempo que avanzaba el proceso de organización sindical. Se produjo, en realidad, en el contexto de la primera confrontación, de alcance continental, entre el populismo y el marxismo. Se trata de una polémica histórica, sobre la cual, por desgracia, se volvió luego en muy contadas ocasiones. Sin embargo, en los argumentos difundidos por los principales sostenedores del marxismo —Mariátegui y Mella—, se encuentra la matriz teórica de toda posible crítica revolucionaria al nacional-populismo latinoamericano. Mella definió, en un folleto publicado en México en abril de 1928, la importancia de la polémica:

La masa obrera del continente, que está constituyéndose con una sólida y pura conciencia clasista, necesita no ser perturbada. Si solamente fuésemos a contestar al APRA no hubiéramos escrito este trabajo. Pero lo importante es que el APRA representa los intentos de organización del "oportunismo" y del "reformismo" latinoamericanos [...].⁵³

Mella habla de intentos porque, entonces, el APRA se reducía a unos cuantos grupos de estudiantes e intelectuales, radicados en el Perú y en otros países de América Latina. Su crecimiento se verificaría después, ya en los años treinta, debido fundamentalmente a los errores de los comunistas peruanos. Éstos, practicando la política ultraizquierdista emanada del VI Congreso de la IC, se separaron de las masas, dejándolas sin alternativa frente a los apristas, en un momento en el que, debido a la exacerbación de las contradicciones de clase provocada por la crisis iniciada en 1929, requerían, más que nunca, de una dirección.

Víctor Raúl Haya de la Torre se había asilado en México. Colaborador de José Vasconcelos, en este país absorbió la ideología nacionalista emanada de la revolución de 1910-17. Aquí organizó el APRA, caracterizándolo como alianza o frente único para la lucha antimperialista. Participó en las actividades de la Liga Antimperialista de las Américas, y logró ser invitado al primer Congreso Antimperialista Mundial, que se celebró en Bruselas en febrero de 1927. Allí, el APRA cumplió una labor divisionista. No aceptó permanecer dentro de la Liga Mundial contra el imperialismo, porque el Congreso —como denunció Mella— se negó a reconocerla como la única organización antimperialista de América Latina. Luego, al volver, Haya hizo circular un documento apócrifo favorable al APRA. Gibarti, secretario del congreso de Bruselas, lo desenmascaró en un documento

⁵³ Julio Antonio Mella, "¿Qué es el ARPA?", en *Documentos y artículos*. Ed. de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975, p. 371. Mella jugaba con las siglas de esa organización, convirtiéndolas de APRA en ARPA.

enviado a Mella y publicado en *El Libertador* de agosto de 1927.⁵⁴ También el secretariado sudamericano de la IC abrió fuego contra el APRA en *La Correspondencia Sudamericana*.

Mariátegui no pudo enterarse de estos acontecimientos. "Hasta la reaparición de *Amauta* — explica en una carta del 16 de abril de 1928, enviada a los apristas residentes en México—, he permanecido sistemáticamente privado, por la censura, de mis canjes y correspondencias." De este modo, no pudo leer las críticas at aprismo aparecidas en la prensa comunista. Mariátegui y los apristas habían colaborado hasta ahora. Él enmarcaba este trabajo de frente único dentro del proceso de definición ideológica que debía fundar las bases para un firme avance organizativo. Pero las discrepancias estaban en marcha. El APRA, desde México, se había proclamado "partido revolucionario antimperialista latinoamericano". Haya lo definió como el Kuomintang de América Latina. El grupo de México, asimismo, declaraba fundado un inexistente Partido Nacionalista Peruano y lanzaba la candidatura de Haya a la presidencia del país. Mariátegui se pronunció de inmediato adverso a esta "fórmula de populismo demagógico y de caudillaje personalista". Pero el debate se había iniciado, ya antes, considerando el problema: el APRA, ¿alianza o partido? Como en otros casos semejantes, la cuestión de la organización política se revelaría como un verdadero núcleo definitorio de concepciones teóricas y políticas. Como elemento articulador de una completa visión de clase. La discusión, así, involucró todos los problemas atinentes a dos concepciones de las clases sociales, del sujeto de la revolución y de sus aliados y enemigos y de la caracterización de la revolución misma.

Cuando el enfrentamiento se produjo, Mariátegui contaba ya con una concepción coherente de la realidad peruana y latinoamericana, que afinaría en el decurso de la polémica. En 1928 publicó la primera edición de los *Siete ensayos*. Éstos constituían el resultado más sólido de una investigación iniciada desde 1924. Allí analizó los principales aspectos de la estructura económica y de clases del Perú. Pero ya en los artículos preparatorios de este libro había afirmado, en 1924: "[...] el problema de los indios es el problema de cuatro millones de peruanos. Es el problema de las tres cuartas partes de la población del Perú". Luego, en 1925, reafirmaba: "El problema del indio es, en último análisis, el problema de la tierra." Y en 1926: "El Perú es, prevalentemente, un país agrícola."⁵⁵ Poco después, en polémica con Luis Alberto Sánchez, al año siguiente, precisó sin lugar a equívocos:

54 Véase en *ibid*, pp. 394-95.

55 Véanse los artículos de Mariátegui reunidos en el t. 2 de las *Obras*, *cit.*, *passim*.

La reivindicación que sostenemos es la del trabajo. Es la de las clases trabajadoras, sin distinción de costa ni de sierra, de indio ni de cholo. Si en el debate —esto es en la teoría— diferenciamos el problema del indio, es porque en la práctica, en el hecho, también se diferencia. El obrero urbano es un proletario: el indio campesino es todavía un siervo [...] El primer problema que hay que resolver aquí es [...] el de la liquidación de la feudalidad [...]⁵⁶

Pero ¿qué clase social era la llamada a resolverlo?

El problema agrario se presenta, ante todo, como el problema de la liquidación de la feudalidad en el Perú. Esta liquidación debía haber sido realizada por el régimen demoburgués formalmente establecido por la revolución de independencia. Pero en el Perú no hemos tenido en cien años de república, una verdadera clase burguesa, una verdadera clase capitalista. La antigua clase feudal —camuflada o disfrazada de burguesía republicana— ha conservado sus posiciones [...] Congruentemente con mi posición ideológica, yo pienso que la hora de ensayar en el Perú el método liberal, la fórmula individualista, ha pasado ya [...] considero fundamentalmente este factor incontestable y concreto que da un carácter peculiar a nuestro problema agrario: la supervivencia de la comunidad y de elementos de socialismo práctico en la agricultura y la vida indígenas.⁵⁷

¿Son las masas indígenas, entonces, las llamadas a dirigir el proceso revolucionario? Mariátegui está lejos de afirmar esto. Sin embargo, tomando algunos de sus planteamientos sobre la comunidad indígena en sentido absoluto, y extrayéndolos de contexto, algunos ideólogos stalinistas, de Rusia y del Perú, en los años treinta, calificarían a Mariátegui de populista.⁵⁸ Se trataba de destruir el legado profundamente perturbador, revolucionario, de sus análisis. En realidad, Mariátegui, en *Siete*

⁵⁶ Mariátegui, "Réplica a Luis Alberto Sánchez", en *Obras*, t. 13, p. 222.

⁵⁷ Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Ed. Amauta, Lima, 1969.

⁵⁸ Véase la polémica "Mariátegui, ¿populista o marxista?", en *Mariátegui y los orígenes...*, op. cit. Allí mismo, los artículos de Semionov y Shulgovski, "El papel de Mariátegui en la formación del PC del Perú", y de V. Korionov, "Mariátegui: destacado marxista-leninista latinoamericano". La polémica, a la que dio pie un artículo de V. Miroshesky (véase en *ibid.*) publicado a principios de los cuarenta en la revista cubana *Dialéctica*, es en realidad un eco tardío de las acusaciones de populista lanzadas desde principios de 1930 contra Mariátegui por algunos escritores soviéticos. Los artículos citados en segundo término son una suerte de rehabilitación de Mariátegui llevada a cabo por los soviéticos.

ensayos y otros textos afines, no se proponía realizar una teorización política. Se proponía contribuir al análisis marxista del régimen económico-social del Perú. Constató así la enorme importancia del problema agrario y, por ende, del problema indígena, puesto que las masas campesinas estaban constituidas por los descendientes de los incas. Certificó la debilidad de la burguesía y su incapacidad para resolver las tareas democráticas que históricamente debían corresponderle. Y localizó en la clase obrera la única fuerza social capaz de construir una nueva hegemonía, tomando en sus manos las reivindicaciones de las masas campesinas:

La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha ant imperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir.⁵⁹

Todos estos planteamientos chocarían necesariamente con los análisis y proposiciones apristas. En 1928, Haya de la Torre publicó en México *El ant imperialismo y el APRA*, "compendio de las ideas germinales del aprismo", según lo definió enfáticamente él mismo. En éste y en posteriores trabajos, tomó forma una perspectiva de clase diferente a la sistematizada por Mariátegui. Con pretensiones teóricas, Haya y los apristas intentaron otorgarle coherencia a un conjunto heterogéneo de ideas de la más variada procedencia. Amontonaron así desde los más aguados y socorridos lugares comunes del repertorio revisionista y oportunista de la socialdemocracia europea, pasando por las teorías de Einstein, hasta el más desaforado nacionalismo reformista. De esta mezcla, típica del eclecticismo pequeñoburgués, surgió el que indudablemente constituye el más amplio catálogo de proposiciones "teóricas" y programáticas del populismo en América Latina. Para Haya, el imperialismo, última etapa del capitalismo en Europa, resulta en América Latina la primera etapa. Aquí no se verifica un surgimiento autónomo del capitalismo. Nuestra historia económica y social no repite los pasos europeos. El modo de producción dominante es feudal; con éste se "enlaza" el imperialismo, de tal modo que la economía presenta un carácter "dual": el imperialismo la escinde en dos "modos de producción —la nacional retrasada y la imperialista acelerada—". Es absurdo proponer la revolución socialista, puesto que las etapas históricas no se eluden. Se requiere ejecutar "nuestra etapa capitalista". Para ello, se debe contar con el

59 Mariátegui, "Principios programáticos del partido socialista", en *Obras*, cit., t. 13, pp. 160-61.

imperialismo, pues éste, si bien contiene "aspectos negativos", también trae "un gran impulso constructivo". Se trata, en consecuencia, de luchar contra los primeros, encauzando el segundo mediante una reglamentación adecuada. El objetivo: impulsar un desarrollo capitalista nacional autónomo. Pero la burguesía nacional es débil, internamente dominada por los latifundistas, que controlan el poder del Estado; desde fuera, sometida por el imperialismo, que frustra su desarrollo. La clase obrera, por su parte, "está en minoría", es débil, muy joven y carece de conciencia de clase. No es apta para dirigirse a sí misma. El "vasto e ignaro campesinado", la mayoría de la población, se "encuentra en un estado primitivo". Pero hay una clase cuyas condiciones de existencia la hacen idónea para dirigir el proceso histórico: la "clase media". Es la más sojuzgada por el imperialismo, pero es también la clase más culta de la sociedad. La forman los pequeños industriales, los pequeños comerciantes, los intelectuales, los empleados, etcétera. Debe aspirar a convertirse en clase dominante, como sus homólogos europeos en tiempos de la revolución francesa.⁶⁰

Al nivel de la acción política, y atendiendo a sus objetivos, el aprismo se tradujo en la época en un movimiento reformista y nacionalista. Lo pudo ser, porque representaba los intereses de la burguesía industrial. Buscaba la negociación con el imperialismo, es decir, la redefinición de la dependencia. Quería ampliar el mercado interno, reduciendo las barreras levantadas por la prevalencia del latifundismo. Mariátegui conocía las limitaciones de todo movimiento acaudillado por la pequeña burguesía. Aparte de sus estudios de la situación europea, siguió siempre con particular atención la marcha de la revolución mexicana. Pudo decir así:

[...] la experiencia histórica iniciada en México por la insurrección de Madero y el derribamiento de Porfirio Díaz, suministra al observador un conjunto precioso y único de pruebas de la ineluctable gravitación capitalista y burguesa de todo movimiento político dirigido por la pequeña burguesía, con el confusionismo ideológico que le es propio.⁶¹

De estos dos diferentes diagnósticos de la realidad, de estos dos enfrentados proyectos políticos,

⁶⁰ Cf. Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antimperialismo y el APRA*, México, 1928; *Treinta años de aprismo*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1956; Luis Alberto Sánchez, *Raúl Haya de La Torre o el político*, Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1934; Harry Kantor, *El movimiento aprista peruano*, Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1964; César Germaná, *La polémica Haya de la Torre-Mariátegui: reforma o revolución en el Perú*, Cuadernos de Sociedad y Política, Lima, 1977.

⁶¹ Mariátegui, "Al margen del nuevo curso de la política mexicana", en *Obras*, cit., t. 12, p. 66.

se desprendieron dos opciones de organización. Para Haya, el APRA debía ser un partido pluriclasista. Éste sería el instrumento adecuado para luchar por la "revolución social, no socialista" y antimperialista. Mariátegui, que ya había manifestado su radical desacuerdo con cualquier "tercera vía", respondió:

[...] la vanguardia del proletariado y los trabajadores conscientes, fieles a su acción dentro del terreno de la lucha de clases, repudian toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas u organismos políticos de las otras clases. Condenamos como oportunista toda política que plantee la renuncia momentánea del proletariado a su independencia de programa y acción, la que en todo momento debe mantenerse íntegramente. Por esto repudiamos la tendencia del APRA.⁶²

Fundó, en consecuencia, el Partido Socialista Peruano. El 17 de octubre de 1928, en el acta de constitución del comité encargado de promoverlo, lo definió como "partido de clase". De este modo, las discrepancias teórico-ideológicas las resolvió dentro del campo organizativo y político. Precisó: el PSP deberá trabajar por la organización de una central nacional obrera y campesina; estas masas organizadas serán la base del partido. Al año siguiente quedaría establecida la CGTP. ¿Por qué se llamó partido socialista y no partido comunista? Sobre este punto se ha especulado con abundancia. La respuesta, sin embargo, no es complicada. Mariátegui conocía las "21 condiciones" aprobadas por el II Congreso de la IC. Pero, contrario a todo razonamiento general-abstracto, y libre de dogmatismo, sostenía con certero criterio:

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indo-americano [...]

Reivindicaba, una vez más, una premisa metodológica cara al marxismo. No había por qué meter en un mismo saco realidades diferentes. Era necesario, más bien, sostener la categórica posición de distinguir las diferencias específicas. Por eso, en el párrafo siguiente explicó:

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de

⁶² Mariátegui, "Sobre un tópico superado", en *Obras*, cit., t. 13, p. 211.

la guerra, designaciones específicas. En los pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza [...]⁶³

La denominación que Mariátegui dio a su partido no es, por tanto, un error suyo; así se la ha explicado muchas veces. Es, en todo caso, una demostración de la autonomía que aún podían practicar los marxistas de América Latina. Ésta, sin embargo, pronto se trocaría en subordinación al stalinismo. Por otra parte, no era un hecho inusitado que un partido socialista de América Latina se declarara acorde con los principios de la IC y fuera admitido por ésta. Ello sucedió, por ejemplo, en los casos del Partido Socialista de Ecuador y del Partido Socialista Revolucionario de Colombia. Ambos enviaron delegados al VI Congreso de la IC, reunido del 17 de julio al 10 de septiembre de 1928. Ese verano, el comunismo parecía floreciente en América Latina: una amplia representación, por países, había llegado a Moscú para participar en los debates. Por primera vez, la IC se ocupó de los asuntos de la región: un extenso informe "sobre los países de América Latina" fue presentado por Jules Humbert-Droz, en el marco de la discusión sobre los problemas coloniales.⁶⁴ La delegación latinoamericana participó con amplitud. Se defendió lo mejor que pudo, y consiguió introducir algunas modificaciones. Insistió, particularmente, en la necesidad de establecer "una distinción entre los países semicoloniales y aquellos que, a falta de un término mejor, pueden ser llamados 'dependientes'".⁶⁵ De allí, derivaba una determinada caracterización de la revolución. Pero la polémica, y el resultado final, pusieron en claro que América Latina continuaba siendo *terra incognita* para la teoría marxista. Ello pese a algunas indicaciones de Lenin, quien en *El imperialismo...* había ya formulado una cierta distinción entre los países dependientes y las colonias y semicolonias. De manera formal, la IC aceptó la categoría de países dependientes, pero los mantuvo dentro del grupo de los coloniales y semicoloniales, dictándoles el mismo camino revolucionario:

Los *países coloniales y semicoloniales* (China, India, etcétera), y los *países dependientes*

63 Mariátegui, "Aniversario y...", en *ibid.*, p. 249.

64 Jules Humbert-Droz, "Sobre los países de América Latina", en *VI Congreso de la Internacional Comunista*, segunda parte. Ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1978, pp. 299-321.

65 Así lo propuso, en el "Informe de la delegación latinoamericana sobre el programa de la IC", el delegado de los partidos comunistas y socialistas del Ecuador, Ricardo Paredes, en *ibid.*, p. 179. Pero insistía en caracterizar así fundamental y casi exclusivamente a Argentina y Brasil.

(Argentina, Brasil, etcétera) [...] En estos países adquiere una importancia central la lucha contra el feudalismo y las formas precapitalistas de explotación y el desarrollo consecuente de la revolución agraria por un lado y la lucha contra el imperialismo extranjero y por la independencia nacional por otro. La transición a la dictadura del proletariado es aquí posible, como regla general, solamente a través de una serie de etapas preparatorias [...].⁶⁶

La línea de la revolución por etapas, mecanicismo del cual hasta la fecha no se libran la mayoría de los partidos comunistas de América Latina, quedó así elevada al rango de doctrina oficial. Mariátegui se lanzó, en su última batalla, contra esta falacia. Pero su empeño no alcanzaría resultados favorables. El VI Congreso fue el último en el que se discutieron cuestiones de principios. Aún existía un estrecho espacio para la disidencia en el escenario de la III Internacional. Lo posibilitan los últimos episodios de lucha interna en el partido soviético, previos a la completa asunción del poder por Stalin. En efecto, el congreso se verificó sobre el trasfondo, y formando parte, de la lucha de Stalin contra Bujarin, a la sazón principal figura de la IC. Previamente, el 14 de noviembre de 1927, Trotsky y Zinóviev habían sido expulsados del partido bolchevique. Es cierto, recordémoslo, que el V Congreso había sancionado ya la tesis de la "bolchevización" de las secciones de la IC, pero el proceso de extinción de la democracia interna no culmina sino hasta 1928-29.⁶⁷

El absoluto predominio alcanzado por la corriente stalinista se tradujo en un estrechamiento de los controles sobre las secciones de la IC, desde Moscú, y en combate despiadado contra los disidentes y heterodoxos. El método de las expulsiones se convirtió en práctica usual contra los discrepantes: en 1929, Diego Rivera y Úrsulo Galván, por motivos diferentes, fueron expulsados del PCM. En el PC chileno, la lucha entre trotskistas y stalinistas pronto condujo a la escisión; poco después, los stalinistas no vacilarían en criticar *post mortem* al mismo Recabarren. Igual suerte correría la obra de Mariátegui.

Dos hitos decisivos en el proceso de subordinación de los comunistas latinoamericanos, en 1929: el congreso constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana, realizado en mayo en Montevideo, y la primera Conferencia Comunista Latinoamericana, que se reunió en junio en

66 "Programa de la Internacional Comunista", en *VI Congreso de la Internacional Comunista*, primera parte. Ed. Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977, p. 287.

67 Sobre el significado del VI Congreso, véase Milos Hajek, "La táctica de la lucha de 'clase contra clase' en el VI Congreso". en *ibid.*; Isaac Deutscher, Stalin. *Biografía política*. Ed. Era, México, 1974, pp. 365 y 371-72.

Buenos Aires. A las dos asambleas asistieron delegados del Partido Socialista Peruano y representantes personales de Mariátegui. Incapacitado para presentarse él mismo, envió algunos documentos. A la reunión sindical, además del ya mencionado "Antecedentes...", hizo llegar también el texto "El problema indígena".⁶⁸ Preparó, para ambos acontecimientos, un breve escrito en el que informaba sobre su actividad política. Allí, explícitamente, declaró su heterodoxia:

Los *Siete ensayos* —dijo, al explicar su obra— no son sino la aplicación de un método marxista para los ortodoxos del marxismo insuficientemente rígido en cuanto reconoce singular importancia al aporte soreliano, pero que en concepto del autor corresponde al verdadero moderno marxismo, que no puede dejar de basarse en ninguna de las grandes adquisiciones del 900 en filosofía, psicología, etcétera.⁶⁹

Mariátegui, como es evidente, tenía la certidumbre de que los debates se desenvolverían en un ambiente democrático. "Se propuso imprimir nueva vitalidad a las discusiones en que había participado la delegación latinoamericana en el VI Congreso. Con este propósito, para la conferencia comunista preparó un trabajo discordante con la orientación finalmente aprobada por la IC. Desde la primera línea de su escrito, puso en duda la caracterización de los países de América Latina divulgada en el programa de la Internacional.

¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semicoloniales? La condición económica de estas repúblicas, es, sin duda, semicolonial, y, a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía.⁷⁰

A la luz de los conocimientos actuales, los conceptos de Mariátegui resultan, ciertamente, imprecisos, deficientes para discernir con entera claridad entre países dependientes y países semicoloniales. Con todo, en muchas ocasiones había ya mencionado el hecho evidente de la

68 Véase en *Obras*, cit., t. 13, pp. 21-46. Sobre la fundación de la Confederación Sindical Latinoamericana, véase Alexander, op. cit., pp. 47 y ss.

69 Mariátegui, "Del autor", en *Obras*, cit., t. 13, p. 16.

70 Mariátegui, "Punto de vista antimperialista", en *ibid*, p. 87.

independencia política de estos países como criterio de distinción.⁷¹ De todas maneras, su análisis es inobjetable. El fenómeno que él describe, lo sintetizó Andre Gunder Frank, décadas después, en la fórmula "desarrollo del subdesarrollo"; o dicho con palabras de Marini: "el fruto de la dependencia no puede ser sino más dependencia".⁷² No era dable esperar un desarrollo capitalista autónomo; un mayor crecimiento capitalista, traería correlativamente una mayor penetración imperialista. Mariátegui había ya vislumbrado, a partir de la experiencia latinoamericana, un hecho que el posterior proceso de descolonización por vía reformista pondría en relieve: "un país políticamente independiente puede ser económicamente colonial".⁷³ Rechazó, en consecuencia, la vía propuesta por la IC, la reestimación de los papeles de la burguesía y de la pequeña burguesía, y la lucha fundamentalmente antimperialista.

El antimperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político [...] El antimperialismo [...] no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses.

Propuso, en cambio:

[...] nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera.⁷⁴

Certeramente, en su polémica con la IC, Mariátegui introdujo los principales argumentos esgrimidos por él contra los apristas. El programa propuesto por la IC a los revolucionarios de América Latina se parecía, como una gota de agua a otra, al programa enarbolado por Haya y sus secuaces. Había ya observado la incapacidad de las burguesías latinoamericanas para resolver las

71 Ahora insistía en ello, clasificando a las repúblicas latinoamericanas junto a los países de Europa oriental: "Aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países [sudamericanos], o más bien sus burguesías se considerarán tan dueños de sus destinos como Rumania, Bulgaria, Polonia y demás países 'dependientes' de Europa". Lenin, en sus *Cuadernos sobre el imperialismo*, había clasificado también a los países de "América del Sur y Central", junto a los países de Europa oriental, véase *Obras completas*, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1972, t. XLIV, p. 328. Mariátegui llegó a la misma conclusión a partir de su propio esfuerzo teórico. Sorprende que los teóricos de la dependencia no hayan reconocido en Mariátegui a uno de sus precursores. Para un resumen de las características centrales distintivas entre países coloniales, semicoloniales, "neocoloniales" y de-pendientes, véase Régis Debray, *La crítica de las armas*. Ed. Siglo XXI, México, pp. 44-46.

72 Ruy Mauro Marini, op. cit., p. 18.

73 Mariátegui, "Los problemas económicos de la paz", en *Obras*, cit., t. 8, p. 130.

74 Mariátegui, "Punto de vista ...", en *Obras*, cit., t.13, pp. 90-91.

tareas demoburguesas. Sostuvo, como ineludible corolario, que sólo la clase obrera era capaz de resolverlas y, en ese proceso, transformar al continente en socialista. Propuso así la línea de una revolución ininterrumpida.⁷⁵ En la Conferencia Comunista Latinoamericana, Mariátegui fue criticado duramente, entre otros por Codovilla. Se criticó al Partido Socialista Peruano por llamarse tal. Ya enfermo Mariátegui, a principios de 1930 la IC mandó un ultimátum al PSP, urgiéndolo a cambiar de nombre.⁷⁶ También en la conferencia, parece que Mariátegui fue acusado de trotskista. Si esta acusación se produjo realmente, no era cierta. Pero Mariátegui no defendió la línea de la revolución por etapas.

El precioso documento que Mariátegui hizo llegar a la conferencia comunista, constituye uno de los últimos gritos de alerta —y es sin duda el más firme y profundo— de los lanzados en América Latina contra una peligrosa orientación política. Pero ésta finalmente se impuso. Una época llegaba a su fin. La conciencia clasista de la masa obrera, como creía Mella, no sería perturbada solamente por los populistas; en la primera batalla, éstos habían sido derrotados ideológica y políticamente. Sería perturbada, además, por los stalinistas, quienes difundirían la misma perniciosa mercancía ideológica, pero disfrazada de marxismo. De este modo, las distinciones —en términos de opciones ideológicas y políticas— se esfumarían. Y con ello, ya en los treintas, se abriría paso a la más desenfrenada colaboración de clases. A veces la historia pone símbolos para marcar las diferentes épocas. Es como si la astucia que se le atribuye designara a los hombres que deben cumplir sus nuevos fines, y retirara de la escena a aquellos otros que signaron con su presencia la época anterior. En enero de 1929, Mella fue asesinado en las calles de la ciudad de México. Un año después, se apagaba en Lima la llama de la pasión política de José Carlos Mariátegui. El PSP pasó a llamarse partido comunista. Su primer secretario general, Eudocio Ravines, uno de los artífices del frente popular en Chile, devino en los cuarentas rabioso anticomunista. La revolución cubana, en los sesentas, confirmó puntualmente la exactitud de la teoría revolucionaria pensada por Mariátegui. Es natural que hoy los revolucionarios de América Latina busquen en su obra una guía para la acción.

⁷⁵ Por desgracia, el libro *Ideología y política en el Perú* se extravió o lo extraviaron. Mariátegui lo escribió para exponer "sus puntos de vista sobre la revolución socialista en el Perú" y lo concebía como continuación de los *Siete ensayos*. Allí debería aparecer coherentemente expuesta, y como resultado de su análisis de la realidad, su teoría de la revolución. Los originales habían sido enviados a César Falcón, residente en Madrid, quien se había comprometido a editar el libro. Muerto Mariátegui, uno de sus camaradas más cercanos, Ricardo Martínez de la Torre, escribió a Falcón, preguntándole por el libro: Falcón jamás dio cuenta del mismo. Y después, al volver al Perú, declaró no haber recibido los originales.

⁷⁶No pude consultar los documentos de la conferencia comunista. Así, mis informaciones de los debates proceden de fuentes secundarias.

México, D. F., mayo de 1978